



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12844

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extraordinario.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

Redacción y Administración Mayor, 24

MARTES 23 DE DICIEMBRE DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Cassini 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

¿DÓNDE VA NUESTRO APLAUSO?

El servicio realizado por la policía madrileña descubriendo el nido de la familia Humbert, de esa familia de estafadores que ha vivido quince años engañando a las gentes, hasta el punto de haberse hecho dar sesenta ó setenta millones á préstamo, ha producido en el mundo judicial un movimiento de verdadera admiración.

¡La policía española, de la cual se dice que siempre llega tarde, ha realizado ese servicio!

Eso es: lo ha realizado. Mientras varios policías franceses telegrafían diciendo que han encontrado una pista en el Funchal y otros polizontes de la misma nación, que deben ser lo mejorcito de la clase, se ocupan en América de seguir otra pista, igualmente falsa, la policía española busca, observa, inquiere y verifica la sorpresa realizando el copo de toda la familia, dando el golpe sobre seguro, sin vacilación de ningún género y sin que en el plan trazado para hacer tan importantísimo servicio hubiera que hacer ninguna variación.

La importancia del hecho realizado por la familia Humbert, el interés vivísimo de las autoridades de allende el Pirineo por entregarla á la justicia y la sospecha de que los estafadores aprovechaban estas poderosas influencias que dificultarían mucho su descubrimiento, determinaron en la policía de todos los estados un movimiento de vivo interés que hizo redoblar la vigilancia.

Desde el mes de Mayo, los más acreditados polizontes de todas las naciones buscaban en los semblantes de los transeúntes un signo que

los delatara. Los periódicos venían llenos de noticias. En tal parte se habían visto personas sospechosas que tomaron el tren para tal parte. De otra se recibían confidencias dando cuenta del paso de ciertos individuos que engendran malos sospechas. No había agente de los que de este asunto se ocupaban que no estuviese puesto sobre segura pista que lo había de llevar donde estaba la familia Humbert.

Obedeciendo á tan múltiples confidencias funcionaba el telégrafo en tal guisa que no hay cable aéreo ni submarino de la red que envuelve la tierra que no haya dado paso al apellido Humbert juntamente con alguna denuncia ó alguna noticia referente a los autores de la enorme estafa.

La policía española ha puesto fin á ese estado de cosas, poniéndose á la altura de las que se reputan por mejores.

Y en realidad no es mala el servicio realizado ahora y el que efectuó descubriendo el rincón en que se refugiaba Gabilanes, le hacen pasar, si no en totalidad en parte, como la primera. Hay en ella elementos valiosos que puede aprovechar el señor Maura para reorganizarla, y sería conveniente que lo hiciera ahora, bajo la impresión agradable de su último servicio que merece el aplauso de todos.

Aquí va el nuestro

ALFREDO GARCÍA SEGONDO

Verdadero sentimiento nos produce coger la pluma para dar cuenta á nuestros lectores de la defunción del amigo cariñoso é ilustrado, del tertulio constante de esta redacción, del colaborador que hemos per-

dido, cuyo nombre leurdísimo encabezaba estas líneas.

Una traidora y larga dolencia, contraída en Filipinas á donde le llevó el cumplimiento de su deber y sufrida por el paciente con santa resignación, nos lo ha arrebatado.

¡Pobre Alfredo! Como médico, conocía la dolencia que iba minando su vida; sabía —síntoma por síntoma— que el final se acercaba, y sin embargo jamás á su mujer y á sus hijos hizo de ello manifestación alguna.

Solo á ciertos de sus amigos íntimos repetía cuán poca existencia le quedaba.

Hasta que las fuerzas le abandonaron por completo; mientras que á duras penas pudo dar un paso, vino á esta redacción. ¡Para estar con nosotros una hora, fué su última salida!

¡Pobre Alfredo!... Su carácter bondadoso y simpático; su claro talento, su ilustración nada vulgar le abrieron paso en esta ciudad donde se le apreciaba muy de veras.

Molaste toda su vida, lo ha sido hasta el último instante, ordenando que su cadáver sea trasladado al cementerio, sin pompa de ninguna especie y sin que para su enterramiento se hicieran previas invitaciones.

No ha impedido esto, que un buen número de amigos del finado dejaran de acompañar sus restos.

Prueba evidente del afecto que les inspiró en vida.

La Redacción de El Eco llora la pérdida del tertulio constante, del amigo cariñoso, y pide á Dios se sirva prestar consuelo á la infortunada viuda y á los afligidos hijos en estos momentos de amargura sin límites.

INDIFERENCIA TÍPICA

EL DELITO DE VIVIR

Hace tiempo dijeron los periódicos que un viejecito, veterano de las tropas de España, y que por peripecias de la primera campaña carlista había sido fusilado, sin

consecuencias, es decir, sin éxito, en dos distintas ocasiones en que fué hecho prisionero, había cumplido cien años de edad.

El aguerrido centenario á quien habían respetado las balas y los años, vivía en buena salud; pero se lamentaba de lo incierto de su «porvenir», porque algunos recuadros con que contaba desaparecieron ante la tenaz y constante sucesión de los tiempos.

Todas sus ilusiones se resumían en poder disponer de dos duros mensuales para pagar la bohardilla en que se cobijaba, y una casualidad provechosa hizo que todo esto llegase á conocimiento del público por el relato de un «reporter» periodístico.

El viejecito centenario es hoy completamente feliz, porque algunas personas caritativas se han propuesto socorrerle mientras viva, y ya no son dos sino tres los duros mensuales que disfruta para pagar el cuarto, y además una peseta diaria para alimentarse, amén de otros pequeños donativos con que el héroe de nuestras guerras civiles del pasado siglo ha resuelto el gran problema: el de asegurarse la subsistencia.

Este viejecito cubre todas sus necesidades, tirando por largo, con sesenta pesetas mensuales, ó sea menos de tres mil reales al año; muchísimo menos de lo que vende el Estado un billete de Lotería de Navidad.

El vicio nacional hace ingresar en el Tesoro cerca de veinte millones de pesetas, mendos y lirones; es decir, limpios de polvo y paja sólo por ese sorteo, en el que casi todos los españoles ponen sus pecadoras manos.

Pensar que se gastan sumas fabulosas en cosas superfluas y que con las migajas de la opulencia se pueden satisfacer necesidades tan dignas de respeto como las de ese ancianito y no se consigue atenderlas sino mediante el concurso de la caridad pública, produce mal efecto.

El Estado, á quien ha prestado servicios sus veteranos, no le pensiona; la abrumadora serie de Asociaciones benéficas que por suscripción y por donaciones particulares existen, no le atienden, y es con proque preguntar: ¿Para cuándo son esas fundaciones y esas pensiones?

Todo esto acusa falta de dirección en la

acción bienhechora del Estado y de la Corporaciones de Beneficencia, supuesto que ese centenario, que consigue vivir gracias á la generosidad de unas cuantas personas, habría ya succumbido sine turres otro amparo.

¿No leen periódicos los que están al frente de esos mecanismos de la Beneficencia, y no se enteran de «ese caso» tan interesante como conmovedor? ¿Qué mejor ejemplo pueden tener los recursos acumulados por la caridad reglamentada, que el de prolongar la existencia de ese viejecito que derramó su sangre por la Patria y estuvo expuesto dos veces á morir por ella?

Lo menos á que puede tener derecho un hombre así, prototipo de acrisolada honradez y virtudes cívicas, es á que sus contemporáneos le proporcionen un bienestar relativo: una habitación sana, una cama limpia, vestir y alimentarse bien, todo lo cual, sin arruinarse ni mucho menos, podría hacer el Estado ó en su defecto las mencionadas Sociedades benéficas.

El pobre centenario, como ha vivido tanto, se ha quedado solo en el mundo; no tiene familia, porque sus parientes han muerto; no tiene amigos, porque todos han desaparecido.

Lo único que tiene es... años, muchísimos años, y su indigencia parece el castigo de un delito horrendo... el delito de vivir. ¡Pobre viejecito!

Abel Imart.

CURIOSIDADES

¿Cómo se cumplió un compromiso.—Recuerdos del primer Imperio.

Un periódico francés ha evocado el siguiente relato de las gloriosas guerras del Imperio.

Era en 1805. Una nueva batalla se había formado contra Francia; y los regimientos imperiales ganaban las orillas del Rin.

El 24.º de infantería habíase reclutado en Lorena y los Vosges.

Próximo á abandonar la tierra natal, los soldados ardían en deseos de despedirse de sus familias.

Una nube de peticiones de permisos cayó



Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.ª



aburrido en tierra. El médico me dijo que, avanzando la vejez, y sucediendo al furor de demencia, habíase operado en sus facultades el más irremediable y profundo desorden; que se creía gobernador de una plaza, de dos mil años, y que en vano trataría de sacar de él un rayo de lucidez. Pero yo no me anduve en rodeos, y, sin más preámbulos, le dije bruscamente:

—¿Con que es usted el cabecilla Destuches?

Se levantó como si lo hubiese llamado, y quitándose su gorrión de hule, me enseñó un cráneo calvo y pulimentado como uno bola de billar.

—Es singular — dijo el doctor; — yo no hubiera creído nunca que respondiese á su nombre, teniendo tan perdida la memoria.

Pero yo, asomado por el éxito, le dije á boca de jarro.

—¿Se acuerda usted de su evasión de Contances, señor de Destuches?

Miraba al vacío como si viese en el aire alguna cosa.

—¡Sí! — contestó, parándose un poco. — ¡Contancesal y el juez que me condenó á muerte — añadió sin pararse, — ¡el bretón de...!

Lo nonbró. Era un nombre subsistente aún en la cámara, y sus ojos de azul marino despidieron un rayo tóxico de odio implacable:

—Y de Amada de Spens, ¿se acuerda usted? — agregó, como quien suelta un tiro tras otro, temiendo que el loco reapetiera, y queriendo herir con este último recuerdo el timbre mudo de aquella memoria gastada que había que despertar.

Se estremeció.

—¡Sí, también! — dijo, y parecía afilar á sus ojos un tropel de pensamientos. — ¡Amada de Spens, la que me salvó la vida! La hermosa Amadol

—¡Ah! Quizá era la historia que la señorita de Percy me había acabado... Y esa idea me comunicó la voluntad magnética que domina un minuto á los locos y les obliga á obedecer.

—¿Y cómo se arregló para eso, señor de Destuches? ¡Vamos, diga usted!

—¡Oh! — respondió (yo, había conseguido transmitir mi alma á su pecho, á fuerza de voluntad). — Estábamos solos en Bois-Frelen, ¿sabe usted? cerca de Avanches... Todos se habían ido... Vinieron los azules como venían frecuentemente, paño á paño... Cercaron la casa... Era de noche. Yo me hubiese dejado matar, arrojándole todo, tirándome por las ventanas como en la Faulx, pero llevaba despachos. Esos despachos me quemaban... Frotté estaba esperando. Lo han llamado á Frotté, ¿verdad?

Temblé, temiendo que la idea de Frotté lo llevase demasiado lejos de lo que yo quería que me dijese.

el humo de los combates, no miraba ya si no las flores rojas con que acababa de comparar á Amada, y, en medio de la abstracción de su demencia, quizá ni veía...

FIN